

El Sínodo africano, una esperanza para la Iglesia

Caesar Atuire

El noticiero de la televisión italiana, el 8 de mayo, mostró escenas de la solemne concelebración conclusiva de la Asamblea especial del Sínodo de los obispos para África, que tuvo lugar en el Vaticano a partir del 10 de abril. Al final, el reportero, enfatizando el canto, el baile y los gestos tradicionales africanos que ensalzaron la misa celebrada según el rito romano, dijo que todo y todos, excepto la estatua de san Pedro, se movían rítmicamente desde las raíces con el toque de la fe sencilla y entusiasta que caracteriza el continente negro.

Sin duda, este Sínodo ha sido un evento que toca las mismas raíces del pueblo africano y ofrece muchas novedades en la historia de la Iglesia universal. Pero ¿cómo se llegó a un Sínodo africano?, ¿qué interrogativos busca contestar este hecho singular en la historia de la Iglesia?

Historia y novedades

En su homilía durante la solemne concelebración de la apertura del Sínodo en la basílica de San Pedro, el Santo Padre señaló que éste

era el primer sínodo en la historia de la Iglesia del continente africano¹.

Larga ha sido la historia de este Sínodo. Mientras el Sínodo para Europa se organizó en el espacio de un año, el Sínodo africano tardó 17 años desde la primera propuesta hasta la eventual celebración romana. Además, ha sido el Sínodo acerca del cual ha habido más consultas y más debates. Las preguntas a lo largo de estos 17 años han sido varias: ¿un concilio o un sínodo?, ¿vale la pena celebrarlo?, ¿dónde, en Roma o en África?, ¿qué temática y qué problemas afrontar?

De hecho, aunque sus raíces se encuentran en el concilio Vaticano y en la colegialidad de los obispos, que llevó a la creación de las Conferencias episcopales nacionales, regionales y continentales², el Sínodo fue propuesto en 1977 durante una reunión de la Sociedad de cultura africana, en Abiyán (Costa de Marfil). En ese encuentro, laicos y sacerdotes propusieron la creación de un organismo que uniera las fuerzas espirituales de la Iglesia católica, con vistas al desarrollo nacional del pueblo negro³. Luego, los obispos zaireños en su visita *ad limina Apostolorum* de 1980, mencionaron la idea al Papa Juan Pablo II. En 1982, el cardenal Paul Zoungrana, de Burkina Faso,

¹ Hubo sínodos en África en los primeros siglos, pero se celebraron sólo en el norte del continente. Nunca hubo un sínodo que reuniera a todos los africanos, desde Alejandría hasta el Cabo de Buena Esperanza, desde el golfo Pérsico hasta Gorée y las islas atlánticas de Cabo Verde.

² De hecho, África fue uno de los primeros continentes en constituir una Conferencia episcopal con el establecimiento del SECAM (Simposio de las Conferencias episcopales de África y Madagascar), en 1969, durante la visita del Papa Pablo VI a Kampala (Uganda).

³ Cf. Aylward Shorter, *The African Synod*, Nairobi, St. Paul Publications Africa, 1991, pp. 13-14.

entonces presidente del Comité permanente del SECAM, volvió a tratar el tema con el Santo Padre. Más tarde, en 1983, la Comisión teológica del SECAM, fue encargada de estudiar la cuestión para presentarla ante la séptima sesión plenaria del SECAM, en 1984.

Bajo la guía del arzobispo Monsengwo Laurent Pasinya, la Comisión presentó un trabajo completo, insistiendo, entre otras cosas, en que el Concilio africano fuera *cum et sub Petro*. Además, pidieron que el Concilio se celebrara en tierras africanas. El fin del Concilio sería la realización de un proyecto íntegro de evangelización de los pueblos africanos y la toma de decisiones acerca de las tareas que acompañan el deber de la inculturación.

El cardenal Bernardin Gantin, prefecto de la Congregación para los obispos, representante papal en la asamblea de Kinshasa, respondió a las presentaciones de los teólogos diciendo que el Concilio africano era una idea importante y que reflexionaran sobre ella. La cuestión fue remitida a las Conferencias episcopales nacionales para su ulterior estudio. Tres años más tarde, en la asamblea del SECAM de Lagos (Nigeria), se volvió a estudiar la cuestión sin llegar a una conclusión. Lo mismo sucedió con la consulta llevada a cabo por la Congregación para la evangelización de los pueblos entre 1985 y 1986.

Así, se puede decir que la euforia inicial de los años ochenta del Concilio africano se congelaron un poco. Sin embargo, durante estos años, la reflexión continuó. En diciembre de 1988, el Santo Padre tomó la iniciativa de convocar al presidente del SECAM, a los presidentes de las nueve Conferencias episcopales regionales de África y Madagascar, al cardenal prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos y al secretario general del Sínodo para los obispos. Analizando las respuestas a las consultas hechas, se llegó a la

conclusión de que los obispos y los pueblos africanos querían un tipo de encuentro, sin embargo, la mayoría no quería un Concilio. Decidieron entonces convocar una Asamblea especial del Sínodo de los obispos.

Un mes más tarde, el 6 de enero de 1989, fiesta de la Epifanía, durante el tradicional *Ángelus*, ante los peregrinos en la Plaza de San Pedro, el Papa anunció que se celebraría una Asamblea especial del Sínodo de los obispos para África. Tuvieron lugar en seguida, del 7 al 9 de enero, reuniones preparativas. El Papa señaló que el tema del Sínodo sería: «La Iglesia en África hacia el año dos mil: ‘Seréis mis testigos’ (*Hch* 1, 8)».

A partir de este momento, comenzó el trabajo intenso y largo que llevó a la celebración del Sínodo. Como respuesta a las peticiones de diversos obispos, teólogos y fieles, y como expresión del deseo profundo de que el Sínodo fuera un evento de la Iglesia africana, el Santo Padre pidió que algunas de las reuniones preparativas se celebrarán en África. Así fue como los *Lineamenta* del Sínodo fueron publicados durante la XI Asamblea del SECAM en Lomé, la capital de Togo, el 25 de julio de 1990.

Junto con los *Lineamenta*, se lanzó una cruzada de oración por el continente negro. Algunas de las Conferencias episcopales publicaron oraciones que todos los fieles rezaban al final de la misa dominical por el buen éxito del Sínodo de la Iglesia que está en África. Los *Lineamenta*» además de presentar los cinco temas principales del Sínodo, contaban también con un cuestionario amplio, que se debía completar a nivel de los fieles y luego presentar a través de las Conferencias episcopales a la Secretaría general para el Sínodo de los obispos. Las respuestas a los *Lineamenta* dieron la base para la elabora-

ción del *Instrumentum laboris*, que fue publicado en Uganda, tierra de los santos mártires africanos, en febrero de 1993, durante la visita de Su Santidad a esa nación.

Así, el 10 de abril de 1994, comenzó el Sínodo africano con un total de 315 miembros. En la historia de los Sínodos, éste ha gozado de la participación más alta de respuestas a las preguntas de los *Lineamenta* (94%). Hasta ahora, el porcentaje más alto era el 82,61% para la Asamblea especial del Sínodo de los obispos para Europa. Los 17 años de espera y de preparación fueron de maduración para la celebración de un Sínodo verdaderamente africano y católico.

La celebración romana del Sínodo

El Sínodo se abrió con la solemne concelebración en la basílica vaticana de San Pedro, presidida por Su Santidad Juan Pablo II. La celebración romana del Sínodo también fue un punto discutido, en ocasiones cálidamente. Por un lado, se buscaba un Sínodo auténticamente africano, por otro tenía que ser un sínodo católico en comunión con la Sede petrina y con toda la Iglesia, pues al anunciar el Sínodo en enero de 1989, el Papa había afirmado que una de las finalidades del mismo era la promoción de la solidaridad de las Iglesias en África y en sus islas. En la asamblea plenaria del SECAM en Lomé, en 1990, tres lugares en tierras africanas fueron mencionados: Kinshasa (Zaire), Nairobi (Kenya) y Abiyán (Costa de Marfil).

Cada una de esas localidades suscitan discusiones. La capital zaireña de Kinshasa, por una parte, es tierra de los teólogos de la vanguardia africana, por otra, el gobierno del presidente Mobuto se encontraba en una situación de inestabilidad política. En cambio,

muchos sentían que la Iglesia ya había consentido demasiado a la megalomanía del presidente marfilense Félix Hufué Buañí, con la aceptación y la visita del Santo Padre a su pueblo natal, Yamusukro, para consagrar la enorme réplica de la basílica de San Pedro en Roma que él había mandado construir con fondos cuyos orígenes algunos consideraban dudosamente honestos. Nairobi también ofrecía semejantes dificultades. Se veía claramente que si el Sínodo tenía que celebrarse en África por razones políticas, era necesario mantener secreto el lugar hasta el último momento.

Al final, el Santo Padre, que siempre quiso participar en el Sínodo y resaltar la universalidad de este evento de la Iglesia africana, decidió que tuviera lugar en Roma. A causa de un accidente, el Papa pudo participar directamente en el Sínodo sólo hasta el día 28 de agosto. Durante el resto del Sínodo, participó desde el hospital romano Agostino Gemelli, donde se encontraba recuperándose de una fractura del fémur causada por una caída en el palacio apostólico.

No cabe duda, además, de que la celebración del Sínodo en Roma ha ayudado para volver la mirada del resto del mundo sobre ese continente que sufre, pero que tiene alegría y juventud. En medio de los cambios que atravesaron el continente europeo durante los últimos cinco años, el continente africano cayó un poco en la penumbra; sin embargo, este evento, que llevó mediante los medios de comunicación social la fe sencilla y cándida de los africanos a los ojos y a los corazones del viejo continente europeo, ha contribuido ciertamente al bien de todos.

El trabajo sinodal, siguiendo las pautas del cardenal relator general del Sínodo, Hyacinthe Thiandoum, de Dakar (Senegal), se centró en la evangelización, la inculturación, el diálogo interreligioso, la justicia,

la paz y los medios de comunicación social. Dichos temas, encabezados por la evangelización como tema central, ya habían sido tratados en el *Instrumentum laboris*.

Después de 29 asambleas generales y varias reuniones de los círculos menores, los padres sinodales recogieron los frutos de sus discusiones y reflexiones en dos documentos: las *Propositiones* y el *Nuntius*. Éste fue hecho público como Mensaje final del Sínodo al pueblo de Dios, mientras que aquél espera que el Santo Padre lo recoja en una exhortación postsinodal.

Mensaje final del Sínodo

El Mensaje del Sínodo, constituido por 71 puntos, comienza con una proclamación de la resurrección del Señor. En seguida, pasan los padres sinodales al tema de la evangelización como anuncio de la buena nueva de la salvación realizada en Jesucristo y ofrecida a todos. «Este primer anuncio debe estar centralizado en Cristo, el mismo ayer y hoy, manifestación permanente y siempre nueva de la benevolencia de Dios hacia nosotros. En él se nos da el Espíritu para llevar a cabo nuestra santificación y transformar el mundo. Inalterable en su contenido, que es Cristo, será «nueva en su ardor, nueva en su método y nueva en su expresión» (Juan Pablo II). Por tanto no es una teoría sino vida, un encuentro de amor que cambia radicalmente nuestra vida, hoy como en los orígenes de la Iglesia».

Además de agradecer la labor de los misioneros, hombres y mujeres que «han sufrido mucho, afrontando una vida dura, el hambre, la sed, las enfermedades, la certeza de una vida muy breve, e incluso la muerte, con tal de darnos lo que les era más querido: Jesucristo», los

padres sinodales acogieron el reto lanzado por Pablo VI en 1969 en Kampalá (Uganda) a la Iglesia africana de tomar parte activa en la misión evangelizadora de la Iglesia.

Dicha evangelización implica necesariamente una inculturación que tiene su arranque desde la encarnación del Verbo. «Cuando el Verbo asumió nuestra naturaleza, la purificó y la dotó de su característica fundamental y hermosa, es decir, la santidad». Por tanto, el bautizado en Cristo debe ser un testigo del misterio de Cristo.

Los campos de la inculturación son muchos, y el Sínodo pide que se tengan en cuenta tanto las dimensiones teológicas, litúrgicas, catequéticas, pastorales, jurídicas, políticas, antropológicas y de los medios de comunicación social, como la espiritual. Toda la vida cristiana ha de ser inculturada.

La situación de la Iglesia en África requiere, además, una gran capacidad de diálogo, pues sólo el 14% de los africanos profesan la fe católica. Dicho diálogo debería llevarse a cabo con la religión tradicional africana, con los musulmanes y con nuestros hermanos cristianos, para que todos juntos trabajen en favor del verdadero desarrollo y de la promoción humana.

Con el diálogo hacia fuera, los padres sinodales insistieron también en la comunión de la Iglesia africana con todo el pueblo de Dios en el mundo. Pidieron, asimismo, el fin de los conflictos y la vivencia profunda de la imagen trinitaria de la Iglesia como familia de Dios por la que corre la misma sangre de Jesucristo y el mismo Espíritu.

Tras dirigirse a los sacerdotes diocesanos y a las familias cristianas, los padres sinodales piden a Dios que «surjan políticos y jefes de

Estados santos», que deben trabajar para que los países africanos recuperen su dignidad y promuevan la fraternidad. Ya que el Sínodo se celebró bajo la sombra negra del genocidio en Ruanda entre hutus y tutsis —por eso no pudieron acudir los hermanos obispos de la Conferencia episcopal ruandesa, tres de los cuales fueron asesinados—, promulgó esta condena: «El Sínodo denuncia y condena enérgicamente el ansia de poder y cualquier tipo de interés, así como la idolatría de la etnia, que conducen a las guerras fratricidas, pues hacen que África se tenga que avergonzar de ser el continente donde se encuentra el mayor número de refugiados y desplazados».

Además de su condena, el Sínodo pidió ayuda a las Naciones Unidas para restablecer la paz en numerosos países africanos que se encuentran en guerra. A los pobres, a los enfermos y a los que sufren moral y físicamente, de modo especial a las víctimas del sida, el Sínodo les manifiesta su compasión e intercede por ellos ante el Padre de la misericordia y de la consolación. Así, el Documento sigue y toca el tema de la formación de sacerdotes y laicos, de los medios de comunicación social y de la cuestión de las mujeres. Termina con una acción de gracias y una oración a María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, pidiendo la efusión del Espíritu Santo, para que haga de las diversas culturas y lugares africanos una familia a imagen de la santísima Trinidad.

Las fases sucesivas

Con esta fase, terminaron los trabajos sinodales en Roma. Las siguientes fases se celebrarán en diversas partes del continente. Mientras tanto, después de esos días de trabajo y de reflexión, regresaron los padres sinodales más conscientes de la tarea de evangelización del

continente africano, renovados y fortalecidos con nuevas ideas y métodos para la implantación del mensaje de Cristo. Como dijo el Santo Padre en su mensaje durante la misa de clausura del Sínodo, enviado desde el hospital Agostino Gemelli, «id y llevad a África la paz y la alegría de Cristo resucitado. A todos los que encontréis cuando regreséis a África, transmitidles la bendición apostólica del Papa, pero sobre todo la bendición de Dios, que es nuestro Creador y Padre, la bendición de Cristo resucitado, Señor de la historia, Señor de los siglos futuros».